

**CÁTEDRA EXTRAORDINARIA COMPLUTENSE DE
HISTORIA MILITAR**

La Batalla: Análisis Históricos y Militares



Primera edición: octubre, 2020

La Batalla: Análisis Históricos y Militares

© De la presente Edición: Magdalena de Pazzis Pi Corrales

Ana Sanz de Bremond Mayans

Carlos Díaz-Sánchez

©De todos los autores que componen la obra.

Impresión: Or50 S.L.

ISBN: 978-84-09-24076-0

Depósito Legal: M-26694-2020

Reservados todos los derechos

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra sin la debida autorización de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

**CÁTEDRA EXTRAODINARIA COMPLUTENSE DE
HISTORIA MILITAR**

**La Batalla: Análisis Históricos y
Militares**

Directora

Magdalena de Pazzis Pi Corrales

Coordinación de la edición

Ana Sanz de Bremond Mayáns

Carlos Díaz-Sánchez

MADRID, 2020

ÍNDICE

<u>Introducción</u>	11
<u>Logística y Aprovisionamiento del Ejército Romano en Hispania</u> Ángel Morillo Cerdán	21
<u>Queronea, 338 A.C. Revisando una batalla decisiva</u> José Pascual González.....	57
<u>Cannas: Aníbal contra Roma</u> Miguel de Rojas Mulet.....	111
<u>Los Arqueros de Asur. La documentación del Archivo Asur M 8 En referencia a la guarnición de arqueros de la ciudad de Asur en el siglo XIII a.C.</u> Jaume Llop Raduá.....	147
<u>Los <i>Thetes</i> Y la flota ateniense en el s.V: ¿Una cuestión retórica?</u> Miriam Valdés Guía.....	165
<u><i>Agmen et Aquila</i>. Sobre el orden de marcha de las legiones romanas</u> Sabino Perea Llébenes	213
<u>Perspectivas y consecuencias principales en el Mediterráneo Occidental tras la Batalla de Alalia</u> Carlos Díaz-Sánchez	233
<u>La batalla del Salado (1340). Una visión desde la <i>Fuerça de Armas</i></u> Manuel López Fernández.....	273

<u>De las Navas a Guadapero: Una aproximación al comportamiento táctico de los ejércitos medievales en los campos de batalla</u>	
Carlos Rodríguez Casillas	321
<u>El Cid Campeador en sus batallas campales</u>	
Fernando Pinto Cebrián.....	353
<u>Batallas Frustradas: Valencia 1364</u>	
Pablo Sanháuja Ferrer	381
<u>Los discursos del Rey para después de una derrota: Aljubarrota (1385-1390)</u>	
Jose Manuel Nieto Soria	413
<u>El uso de la caballería ligera en la conquista del Archipiélago Canario: Las batallas de Guinguada y Acentejo y la importancia de la conformación del terreno</u>	
Dario Testi.....	443
<u>La organización del ejército de los Habsburgo en el siglo XVI</u>	
Zoltan Peter Bagi.....	475
<u>Problemas de abastecimiento en el ataque a Kanizsa en 1601</u>	
Zoltan Peter Bagi.....	495
<u>El difícil mando de los ejércitos coaligados: El caso de Almansa (1707)</u>	
Germán Segura García	515
<u>La Campaña de Provenza (1536). El arte de ganar la contienda eludiendo la batalla</u>	
José Manuel García-Serrano Gil.	563

<u>Poderoso medio para divertir los progresos del ejército de Cataluña. El Sitio de Sant Mateu (1649)</u>	
Carlos Mora Casado	601
<u>La batalla de Centla Y el inicio de la conquista de México: Análisis histórico y militar</u>	
Carlos Moreno Amador.....	639
<u>Asedio versus resistencia insurrecta en los fuertes del sombrero (1817) y los Remedios (1818). Implicaciones, testimonio y óptica del Mariscal Pascual Liñán y Dolz De Espejo</u>	
Begoña Cava Mesa.....	675
<u>La defensa de Cartagena de Indias</u>	
José Antonio Crespo-Francés y Valero	737
<u>El Plan Calleja y las reformas militares de la Nueva España en los inicios de la Independencia de México</u>	
Ana Sanz de Bremond Mayáns	805
<u>La Guerra de las Naranjas: Más allá del decimoctavo día</u>	
José María Moreno Madrid	851
<u>La Construcción de Baterías Costeras en Puerto Rico en el siglo XIX</u>	
Nuria Hinarejos Martín	875
<u>Los soldados del Tercio del Norte en el Conflicto de Piedra Picada (Cuba, 1895). El nacimiento de dos héroes de la Infantería de Marina</u>	
Ana Isabel Bello Platas	923
<u>La Batalla de Vitoria, Del contexto estratégico a la resolución táctica</u>	
José Pardo de Santayana	971

<u>Conducción de la guerra y conducción de operaciones; casos prácticos siglos XIX y XX</u>	
José Romero Serrano.....	1003
<u>La Batalla del Ebro</u>	
Fernando Puell de la Villa.....	1043
<u>Stalingrado (1942-1943): La gran batalla ideologica de la Segunda Guerra Mundial</u>	
Jorge Garris Mozota.....	1089
<u>La Batalla de Guadalcanal en el cine: visiones e interpretaciones en el tiempo y el espacio</u>	
Sergio Mena Muñoz.....	1137
<u>Tres batallas espejo del tránsito a la contemporaneidad: Espinosa de los Monteros, Luchana y Somorrostro</u>	
José Ángel Lecanda Esteban.....	1161
<u>Metodología para el análisis de una batalla</u>	
Francisco José Jiménez Moyano.....	1213
<u>Voluntad de vencer. La doctrina militar como fuente de estudio para entender la actuación en la guerra. el caso de España en Marruecos</u>	
César Labarta Rodríguez Maribona.....	1245
<u>La guerra en la Guinea Portuguesa (1963-1974)</u>	
Alberto Rico.....	1295
<u>Génesis de la Legión Española: El Real Decreto</u>	
M ^a Luz Martín.....	1363

**LA BATALLA DE CENTLA Y EL INICIO DE LA CONQUISTA
DE MÉXICO: ANÁLISIS HISTÓRICO Y MILITAR**

**THE BATTLE OF CENTLA AND THE BEGINNING OF THE
CONQUEST OF MEXICO: HISTORICAL AND MILITARY
ANALYSIS**

Carlos Moreno Amador

Universidad de Sevilla

Resumen:

El trabajo centra su interés en el análisis de uno de los momentos más importantes en la incipiente conquista del Imperio Mexica, la batalla de Centla, acontecida el 15 de marzo de 1519 en lo que hoy es Frontera, Tabasco, por cuanto puede ser considerada como el primer episodio formal de dicha conquista, ya que en dicho enfrentamiento armado se produjeron los primeros efectos del choque entre Occidente y Mesoamérica. Efectivamente, se trató del primer encuentro de carácter militar, ordenado y formal, entre las huestes castellanas y los nativos mesoamericanos. Es necesario, por ello, desentrañar los condicionantes e implicaciones sociales de la confrontación, la narrativa y el discurso utilizado por sus protagonistas o las principales características históricas y militares de una batalla que influyó decisivamente en el devenir de la ulterior conquista de México, entre otros aspectos por la aparición en escena de una figura tan destacada como fue la de Malitzin (La Malinche) o por las noticias que recibieron los españoles en Centla acerca del imponente Imperio Mexica.

Palabras clave:

Batalla de Centla, Conquista de México, Hernán Cortés, Tabasco.

Abstract:

The paper focuses its interest on the analysis of one of the most important moments in the incipient conquest of the Mexica Empire, the Battle of Centla, which took place on March 15 of 1519 in the current city of Frontera, Tabasco, as it can be considered as the first formal episode of the conquest of Mexico, because in that armed confrontation the first effects of the clash between Europe and Mesoamerica occurred. Indeed, it was the first military encounter, orderly and formal, between the “huestes castellanas” and the natives of Mesoamerica. It is necessary, therefore, to unravel the conditioning and social implications of the confrontation, the narrative and the discourse used by its protagonists or the main historical and military characteristics of a battle that decisively influenced the future of the subsequent conquest of Mexico. Among other aspects, by the appearance on stage of a figure as prominent as that of Malitzin (La Malinche), or by the news that the Spaniards received in Centla about the incredible Mexican Empire.

Keywords:

Battle of Centla, Conquest of Mexico, Hernán Cortés, Tabasco.

El 13 de agosto de 1521 la ciudad de México-Tenochtitlan caía en poder de los conquistadores españoles después de tres meses de sitio. Habían pasado más de dos años desde la partida de Hernán Cortés de la isla de Cuba. Una conquista marcada por múltiples tentativas bélicas y por enconados movimientos políticos y conspirativos en los que participaron, junto a los castellanos, los pueblos indígenas sometidos al vasallaje mexica, en su afán por rebelarse ante las condiciones de sumisión en que vivían.

Mucho antes, en los albores de 1519, se producía el primer contacto entre Cortés y los nativos mesoamericanos en suelo continental, en la

región de Tabasco, en uno de los acontecimientos más importantes de la incipiente aventura cortesiana. La principal consecuencia de dicho encuentro fue la batalla de Centla, acaecida el 15 de marzo en lo que hoy es la ciudad de Frontera, considerada como el primer episodio formal de la conquista de México, pues en dicho enfrentamiento armado se dieron los primeros efectos del choque entre Occidente y Mesoamérica. Efectivamente, se trató del primer conflicto de carácter militar, ordenado y formal, entre las huestes castellanas y los indígenas de Mesoamérica, considerando que la contienda entre las huestes de Francisco Hernández de Córdoba y algunos grupos mayas un par de años antes en Potonchán (hoy Campeche) resultó ser poco más que una escaramuza, de mucho menor calado e importancia que el enfrentamiento que se produjo en Centla.

Por tal motivo, resulta necesaria la puesta en valor de ese acontecimiento, por cuanto en la batalla se asentaron los patrones y arquetipos de las relaciones coloniales que necesariamente fungirían entre la corona española y México. Además, el encuentro adquirió una notable relevancia histórica y militar por motivos de diversa índole, los cuales se analizarán en las siguientes páginas con el objetivo de arrojar algo de luz sobre uno de los momentos más trascendentales, a la par que olvidado, de la incipiente conquista del Imperio Azteca en los albores del siglo XVI.

Las primeras expediciones castellanas por la península de Yucatán

La primera noticia de la presencia de españoles en la zona de Yucatán data de 1511-1512, en el entorno de Tulum, como consecuencia del naufragio del navío Santa María de la Barca, que viajaba hacia Santo Domingo y que fue arrastrado por una tormenta hasta terminar hundiéndose en las costas yucatecas. De todos los tripulantes castellanos apenas sobrevivieron dos, Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero, los cuales consiguieron integrarse entre los mayas y fueron localizados por la expedición de Cortés ocho años más tarde.³⁶⁶

Ahora bien, aquellos hechos resultaron ser exclusivamente fruto del azar, ya que la corona castellana aún había mostrado poco interés por expandirse más allá de su base antillana casi un cuarto de siglo después de la llegada de Colón a aquellas tierras. Sin embargo, unos años más tarde, a partir de 1516, comenzaron a intensificarse los esfuerzos por viajar hacia occidente desde Cuba, con el objetivo de comprobar si las noticias que llegaban sobre los territorios ignotos acerca de ser “muy ricos en oro y otros metales preciosos” eran ciertos (COLÓN, 2003, pp. 245-253), amén de reconocer si resultaban ser solamente islas o si, por el contrario, existía algo aún más grande. Fruto de dicho interés, a

³⁶⁶ Para conocer más sobre la historia del naufragio y la interesante vida de Gonzalo Guerrero (que se convirtió en un símbolo del mestizaje y en un héroe para los nativos mayas) y Jerónimo de Aguilar (quien a la postre resultó ser una figura valiosa como intérprete de las huestes castellanas en la expedición de Cortés en Tabasco), pueden consultarse trabajos como los de Lancelot Cowie (COWIE, 2013, pp. 185-204), Eugenio Aguirre (AGUIRRE, 1980) o Rodrigo Calvo Tornero (CALVO TORNERO, 2012) o el documental “Entre dos mundos. La historia de Gonzalo Guerrero”, producido por la Universidad Nacional Autónoma de México en colaboración con la Diputación de Huelva.

comienzos de 1517 el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, organizó una primera expedición capitaneada por Francisco Hernández de Córdoba, que partió el 8 de febrero desde Santiago con tres naves y más de 100 hombres. Tras pasar varias semanas bordeando las costas de la península de Yucatán, donde entraron en contacto con los mayas yucatecos y quedaron impresionados por sus grandes ciudades, los españoles regresaron a Cuba para dar parte de lo acontecido a Velázquez, generando con ello una gran expectación (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, pp. 68-83).³⁶⁷

Ante la importancia de los hallazgos realizados en dicha empresa, que hablaban de la existencia de oro en la región y también de la presencia de algunos supervivientes del naufragio de 1511 en el golfo del Darién, Diego de Velázquez decidió continuar con las exploraciones armando una segunda expedición en 1518, compuesta por cuatro navíos y más de 200 hombres, cuyo mando entregó a Juan de Grijalva, quien fue nombrado capitán general (THOMAS, 1995, pp. 128-148), formando parte de la misma, entre otros, Pedro de Alvarado, el clérigo Juan Díaz, autor de la crónica del viaje (DÍAZ, 1980, pp. 281-308), o los indios Julianillo y Melchorejo como intérpretes.

La expedición zarpó de Matanzas a comienzos de abril y tomó tierra en Cozumel, donde realizó una parada antes de continuar navegando rumbo suroeste hacia la península yucateca, rebasando el cabo Catoche y alcanzando el río Champotón, donde fueron hostigados por los

³⁶⁷ En la expedición de Hernández de Córdoba fueron hechos prisioneros dos indígenas mayas, apodados más tarde como Julianillo y Melchorejo, quienes se convirtieron, a la postre, en los primeros traductores del maya al español.

nativos. Continuando su ruta hacia el oeste, unos días después los barcos castellanos llegaron a una gran boca en la Laguna de Términos, que confundieron con un estrecho, el cual creyeron que marcaba el límite de la isla de Yucatán (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, pp. 86-92).

El grupo, encabezado por Grijalva, prosiguió su viaje hasta llegar a la región de Tabasco el 8 de junio de 1518, descubriendo para los ojos occidentales el territorio que hoy ocupa el estado de Tabasco. Ese mismo día alcanzó la desembocadura de un gran río, al que la tripulación puso el nombre de Grijalva en honor a su capitán y descubridor. Éste, en su afán de conocer nuevos territorios, decidió navegar tierra adentro, encontrándose con cuatro canoas de mayas chontales pintados, que haciendo gestos y ademanes de guerra mostraban su descontento por la llegada de los castellanos. Sin embargo, gracias a la intermediación de los traductores que el capitán español envió para que les dijeran a los indios que venían en son de paz, Grijalva y los suyos pudieron continuar remontando la desembocadura del río hasta alcanzar, a menos de una legua, Potonchán, población del Señorío Chontal de Acalán, donde desembarcaron (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, pp. 92-95):

«Comenzamos a 8 días del mes de junio de 1518; y yendo la armada por la costa, unas seis millas apartada de tierra, vimos una corriente de agua muy grande que salía de un río principal, el que arrojaba agua dulce cosa de seis millas mar adentro. Y con esa corriente no pudimos entrar por el dicho río, al que pusimos por nombre el Río de Grijalva. Nos iban siguiendo más de dos mil indios y nos hacían señales de guerra (...) Este río viene de unas sierras muy altas, y esta tierra parece ser la mejor que el sol alumbra; y si se ha de poblar más, es preciso que se haga un pueblo muy principal: llamase esta provincia Potonchán» (DÍAZ, 1980, pp. 291-292).

Ya en tierra, Juan de Grijalva comenzó a entablar un diálogo amistoso con los mayas chontales gracias a la ayuda de sus intérpretes, además de halagarlos con obsequios y suplicarles que mandasen llamar a su cacique para entrevistarse con él. Poco después se presentó ante Grijalva el cacique Tabscoob con varios obsequios de oro para el capitán castellano (SOLIS, 1970, pp. 32-34). En dicho encuentro el cacique le indicó a Grijalva la existencia hacia poniente de un lugar llamado Culúa -en palabras de Bernal Díaz del Castillo “Culúa, Culúa, México, México” (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, p. 95)- donde los castellanos podrían encontrar mucho más de aquel material dorado al que llamaban oro. Y pese a que aún no sabían a que se referían los mayas, el encuentro entre Tabscoob y Grijalva resultó, cuanto menos, decisivo para sus intereses, pues recibieron las primeras noticias del gran imperio que poco después descubrirían. Ante tales noticias, la expedición decidió abastecerse de agua y víveres y poner rumbo al oeste llegando hasta Tuxpan y la provincia del Pánuco, desde la cual emprendieron el regreso a Cuba por consejo del piloto Alaminos -pese a la oposición de algunos capitanes-, puesto que los navíos iban muy cargados, la comida escaseaba y el invierno se había adelantado. Finalmente, el 21 de septiembre, tras cuarenta y cinco días de navegación, finalizaban su aventura después de haberse encontrado a las puertas al Imperio Azteca (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, pp. 95-105).

La aparición en escena de Hernán Cortés: el inicio de la conquista de México³⁶⁸

En el imaginario colectivo, la referencia inicial de la conquista del Imperio Azteca por parte de las huestes castellanas, con Hernán Cortés a la cabeza, generalmente coincide con su llegada a San Juan de Ulúa y la fundación de la Villa Rica de la Vera Cruz el 22 de abril de 1519, con la consiguiente instauración de un cabildo y el reparto de cargos entre sus partidarios, contraviniendo las órdenes del gobernador de Cuba, Diego Velázquez. Gracias a este movimiento Cortés, que renunció a su cargo de capitán general de la expedición, fue reconocido como capitán y justicia mayor por parte de los nuevos alcaldes y oficiales, quienes decidieron “darle poder y autoridad para lo que tocase a la guerra y conquista, entre tanto el Emperador otra cosa acordase y mandase” (LÓPEZ DE GÓMARA, 1987, pp. 93-94). De ese modo consiguió adueñarse del control absoluto de la situación, reforzando su autoridad y eliminando su dependencia de Velázquez, quedando desde entonces sujeto exclusivamente a la Corona.

³⁶⁸ La principal fuente de información utilizada para este trabajo son las crónicas de Indias redactadas en el siglo XVI, gracias a las cuales podemos analizar los testimonios de sus protagonistas, que directa o indirectamente dejaron escritas sus vivencias y experiencias. Ahora bien, resulta evidente que dicha información puede resultar en ocasiones parcial e interesada, sujeta a los intereses personales de unos y otros, lo que nos obliga a ser cautos y contrastar el mayor número de fuentes posibles para ofrecer datos lo más fehacientes posibles. Entre las crónicas que narran la conquista de México y, sobre todo, la batalla de Centla, principal interés de esta investigación, pueden destacarse la “Historia verdadera de la conquista de la Nueva España” de Bernal Díaz del Castillo, quien participó en las campañas bélicas; las “Cartas de relación” de Hernán Cortés al rey Carlos I de España; la obra “Historia general de las Indias” de Francisco López de Gómara, quien nunca pisó el continente americano pero conoció a Cortés y se documentó con los relatos de los soldados que participaron en la empresa conquistadora; o la crónica de Francisco Cervantes de Salazar, titulada “Crónica de la Nueva España”.

Sin embargo, el inicio de la aventura de Hernán Cortés se remonta a unos meses antes, concretamente hasta el 18 de febrero de 1519, momento en que una expedición comandada por el extremeño, por entonces alcalde de Santiago, zarpaba hacia Yucatán. Tras el éxito de las anteriores, el gobernador de Cuba, Diego Velázquez, no tardó en preparar una nueva empresa con el objetivo de continuar explorando las costas mexicanas, buscando algún punto conveniente para poblar y fundar ciudades, aunque el motivo oficial de la misma fuese únicamente el de explorar aquellos territorios y realizar negocios comerciales. Y es que, pese a que habían oído algunas historias sobre grandes ciudades y riquezas, los castellanos aún no eran conscientes de que en el interior de esas costas se encontraba el gran Imperio Azteca. El capitán elegido para tal empresa fue Hernán Cortés, con quien Velázquez se apresuró a firmar unas capitulaciones e instrucciones el 23 de octubre de 1518 (CERVANTES DE SALAZAR, 1971, pp. 168-175).³⁶⁹ Rápidamente Cortés puso en marcha los preparativos, logrando reunir una decena de naves para su causa. Ante la oposición de Velázquez, que había cambiado de opinión e intentado bloquear la partida del extremeño, éste último decidió marcharse de Santiago evadiendo sus órdenes, zarpando hacia Trinidad el 18 de noviembre de 1518. Una vez allí, y pese a los

³⁶⁹ Según Hugh Thomas, en los documentos redactados por Andrés de Duero el preámbulo se contraponen a las 24 instrucciones. Tales contradicciones han sido, hasta la fecha, el principal motivo de la controversia que surgió como resultado de la insurrección de Hernán Cortés. Y es que Diego de Velázquez firmó la capitulación como adjunto del almirante y comandante en jefe Diego Colón y Moniz Perestrello, pues todavía no había recibido nombramiento de adelantado por parte del Emperador. El gobernador de Cuba temía que desde otro lugar alguien se le adelantase ordenando una empresa similar (THOMAS, 1995, pp. 164-175).

intentos del gobernador de impedir su partida, Cortés consiguió reclutar hombres y pertrechos suficientes para armar la expedición (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, pp. 113-126). Finalmente, en febrero de 1519, tras varios meses de incertidumbre, Hernán Cortés partía de Cuba sin el permiso de Velázquez rumbo a Cozumel con once navíos³⁷⁰ y acompañado de unos de 550 hombres y dieciséis caballos (CORTÉS, 1985, pp. 48-50).

a) Los primeros movimientos de Cortés: de Cozumel a Tabasco

Siguiendo el trayecto de sus antecesoras, la expedición guiada por el piloto Antón de Alaminos se dirigió inicialmente a la isla de Cozumel, que los españoles habían rebautizado como de Santa Cruz. Una vez allí, el principal objetivo de Cortés fue tomar contacto con los nativos mayas, utilizando como intermediario al indio Melchorejo, quien viajaba con los castellanos para realizar la labor de intérprete. Todos eran conscientes de que una de las grandes causas del fracaso de las empresas anteriores había sido precisamente la incomunicación. De hecho, Gonzalo Fernández de Oviedo ya había escrito que los expedicionarios de Juan de Grijalva no habían sido capaces de entenderse con los nativos pese a las señas y gestos que se hacían. En ese sentido, Cortés tenía también como objetivo localizar a Jerónimo de Aguilar y al resto de españoles que habían naufragado en 1511 en aquel

³⁷⁰ Existe cierta controversia con respecto al número exacto de barcos que acompañaron a Cortés en su expedición, pues Bernal Díaz del Castillo hace referencia a la presencia de 11 navíos, frente a los 10 que detalla Cortés en su Carta de Relación (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, p. 126).

lugar, pensando que podrían resultar de gran utilidad para su expedición (MIRA CABALLOS, 2017, p. 183).

Una vez alcanzada la isla de Cozumel, Cortés y los suyos desembarcaron en busca de los caciques mayas de la isla, mostrándose sorprendidos por la escasez de nativos. Tras localizar a varios indios, los mandó a que buscasen al señor de aquellas tierras y le dijese que la visita era pacífica. Varios días más tarde, pese a las reticencias del *halach uinik*³⁷¹ y el resto de principales, se presentó ante Cortés una persona que dijo ser señor de toda la isla, a quien le habló sobre el monarca castellano y la fe católica, además de recalcarle sus intenciones pacíficas si toda la gente de zona se subordinaba ante la Corona. Al poco tiempo todos los pueblos volvían a su vida habitual, abandonando aparentemente el culto a sus dioses y adorando a la cruz cristiana y a una imagen de la Virgen que Cortés instaló en su templo (LÓPEZ DE GÓMARA, 1987, pp. 52-56).

En aquel encuentro la expedición de Cortés pudo confirmar la presencia en Cozumel de los españoles que habían naufragado hacía ocho años en el golfo de Darién y habían terminado en Yucatán hechos prisioneros por los mayas, de los cuales ya se tenían noticias en Cuba. Con la intención de reclutarlos para su causa, el capitán extremeño les envió una carta en la que les invitaba a unirse a su empresa. Tras unos días de espera, finalmente consiguió encontrarse con uno de ellos, Jerónimo de Aguilar, que fue llevado ante Cortés después de entrevistarse con Andrés de Tapia, quien le explicó con detalle cuales

³⁷¹ Nombre dado al máximo gobernante, jefe o régule -como se les llamaba en la época colonial- de una jurisdicción maya. No se trata de un nombre propio, sino de un cargo.

eran sus intenciones, tras lo cual se unió a la expedición en calidad de intérprete maya-castellano (LÓPEZ DE GÓMARA, 1987, pp. 55-61).

Así las cosas, el 4 de marzo de 1519 los conquistadores españoles decidieron dejar atrás Cozumel y pusieron rumbo al oeste despidiéndose amigablemente de los nativos de la isla.

b) La llegada de Cortés a Tabasco

Una semana después de partir de Cozumel, concretamente el 12 de marzo de 1519, Hernán Cortés y su armada llegaban a la desembocadura del río Grijalva después de haber seguido la ruta de Juan de Grijalva bordeando la península de Yucatán. Con la experiencia de la anterior expedición, que había informado de la dificultad de acceso que tenían los navíos de gran porte y calado en dicho puerto, Cortés y los suyos decidieron dejar anclados los barcos en el mar, accediendo con los navíos más pequeños al interior, a un lugar llamado Punta de los Palmares, justo en la desembocadura del río, con el objetivo de remontarlo en bateles en busca de la gran ciudad de indios descrita por Juan de Grijalva, Potonchán, apenas a media legua de allí:

«En doce días del mes de marzo de 1519 años llegamos con toda la armada al río de Grijalva, que se dice Tabasco (...) y con los pequeños e los bateles fuimos todos los soldados a desembarcar a la Punta de los Palmares, que estaba el pueblo de Tabasco obra de media legua, y andaban por el río, y en la ribera, y entre unos manglares, todo lleno de indios guerreros (...) y demás desto, estaban juntos en el pueblo más de doce mil guerreros aparejados para darnos guerra »(DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, pp. 139-140).

A diferencia de la expedición de Grijalva, los españoles fueron recibidos de forma hostil por los mayas-chontales, quienes con señales les pedían que se fueran y no entraran al pueblo. Al ver sus intenciones,

Cortés, por medio de su traductor, Jerónimo Aguilar, les dijo a unos indígenas que pasaban en una gran canoa que venían en paz y que únicamente querían hacer acopio de agua y alimentos. Sin embargo, ante la escasez de provisiones que les brindaron, y viendo que continuaban amenazantes, el capitán extremeño ordenó traer las armas en los bateles y repartió en ellos a los ballesteros y escopeteros. Además, esa misma noche comenzó a planear la estrategia para atacar y tomar Potonchán, enviando para tal fin a tres de sus soldados a reconocer el terreno y buscar una vía de acceso que condujese hasta la población (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, pp. 140-141; LÓPEZ DE GÓMARA, 1987, pp. 66-67).

En la mañana siguiente, 13 de marzo, los españoles celebraron una misa, oficiada por fray Bartolomé de Olmedo y el capellán de la armada, Juan Díaz, siendo esta la primera misa cristiana en territorio continental de México (CABRERA BERNAT, 1987, p. 42). Después de la ceremonia, Cortés comenzó a poner en marcha su plan de acción ordenando al capitán Alonso de Ávila que avanzara por tierra hacia Potonchán con 100 soldados y que apenas escuchara disparos entrase en el pueblo, mientras que él haría lo propio remontando el río Grijalva (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, p. 141).

c) La toma de Potonchán: el prelude de Centla

Resulta evidente que en los planes de Hernán Cortés estaba, sin duda, entrar en Potonchán. Efectivamente, al ver el movimiento de las tropas enemigas sobre el río –Cortés se dirigía río arriba en los bateles y navíos de menor porte-, los indígenas se prepararon para el combate,

intentando evitar que los españoles desembarcaran. En esa tesitura, el capitán castellano solicitó la presencia del escribano del rey, Diego de Godoy, para que hiciera un requerimiento a los nativos exigiendo que lo dejaran desembarcar en el pueblo para tomar agua y alimentos y que se sujetaran al rey de España, llevándose a cabo con esta acción la primera actuación notarial en México. La contestación de los indígenas fue clara, advirtiéndoles que si saltaban a tierra los matarían. Pese a todo trataron de desembarcar, aun viéndose sorprendidos por una lluvia de flechas que trataba de impedirselo (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, p. 141). En ese momento las huestes castellanas comenzaron a utilizar sus armas de fuego, cuyas detonaciones asustaban a los nativos, lo que les permitió finalmente tomar tierra. Por su parte, Alonso de Ávila, que había llegado a Potonchán por vía terrestre desde los Palmares, recibió los sonidos de la artillería como la señal para acceder a la ciudad por la retaguardia, la cual se encontraba atrincherada con troncos de gran grosor. De esta forma, Cortés por el frente y Ávila por la retaguardia iniciaron el sitio de Potonchán, que tras una ardua resistencia cayó en poder de los conquistadores españoles, quedando algunos prisioneros, varios heridos y muchos naturales muertos (LÓPEZ DE GÓMARA, 1987, pp. 68-69).

De la defensa y resistencia que mostraron los mayas chontales ante la tentativa de Cortés de avanzar hasta Potonchán realiza una excelente descripción el cronista Bernal Díaz del Castillo:

«...comenzaron muy valientemente a nos flechar e hacer sus señas con sus tambores para que todos sus escuadrones apechugasen con nosotros, (...) vinieron e nos cercaron con las canoas con tan grandes rociadas de flechas que nos hirieron e hicieron detener en

el agua hasta la cinta (...), y como había allí en aquel desembarcadero mucha lama y ciénaga no podíamos salir de ella; e cargaron sobre nosotros tantos indios que con las lanzas a manteniendo y otros a flecharnos, hacían que no tomásemos tierra tan presto como quisiéramos, e también porque en aquella lama estaba Cortés peleando y se le quedó un alpargate en el cieno, que no lo pudo sacar, y descalzo el un pie salió a tierra (...) y tomado tierra, llamando y nombrando a señor Santiago e arremetiendo a ellos, les hicimos retraer (...) e tuvimos lugar por unos portillos de entrar en el pueblo y pelear con ellos (...) y pelearon muy valientemente, con gran esfuerzo (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, pp. 141-142)».



Imagen 1: Entrada de Hernán Cortés a la ciudad de Tabasco. Colección de pintura colonial mexicana sobre la conquista de México. Fundación Jay I. Kislak.³⁷²

³⁷² La pintura forma parte de una serie de ocho imágenes panorámicas creadas en la segunda mitad del siglo XVII, cada una de aproximadamente 120x200 cm, que cuentan la historia de la conquista de México, comenzando con *La entrada de Hernán Cortés a la ciudad de Tabasco* y terminando con *La captura del emperador mexicano Cuahtemoc*. Las pinturas estuvieron en posesión de la familia británica Cholmley durante más de tres siglos y permanecieron colgadas en la embajada británica de la Ciudad de México durante muchos años. Adquiridas por la Fundación Jay I. Kislak

Una vez concluido el enfrentamiento, tras la huida forzosa de los nativos, Hernán Cortés y sus huestes accedieron a un gran patio, donde había varios aposentos, varias salas grandes y tres casas de ídolos, y tomaron posesión de aquel lugar en nombre del rey:

«En aquel patio, mandó Cortés que reparásemos (...) e allí tomó Cortés posesión de aquella tierra por su majestad y él en su real nombre. Y fue desta manera: que desenvainada su espada, dio tres cuchilladas, en señal de posesión, en un árbol grande, que se dice ceiba, que estaba en la plaza de aquel gran patio, e dijo que si había una persona que se lo contradijese que él se lo defenderá con su espada (...), y todos los soldados que presentes nos hallamos cuando aquello pasó dijimos que era bien tomar aquella real posesión (...), e por ante un escribano del rey se hizo aquel auto.» (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, pp. 142-143).

La batalla de Centla

Un día después, el 14 de marzo, ante la negativa de los indígenas chontales a subordinarse a la corona castellana, Cortés decidió enviar al capitán Pedro de Alvarado con 100 soldados a inspeccionar la zona “tierra adentro hasta dos leguas” y, por otra parte, al capitán Francisco de Lugo con otros 100 soldados con el mismo cometido. Éste último se topó en su camino con varios escuadrones de indios, los cuales iniciaron una nueva reyerta en la que los españoles se vieron acorralados por su inferioridad numérica. Por suerte, Alvarado se había visto obligado a cambiar de rumbo debido a las malas condiciones del terreno y al escuchar disparos y tambores acudió en ayuda de Lugo. Entre ambos, después de mucho guerrear, consiguieron repeler el ataque de los

en 1999, las ocho pinturas se encuentran en la actualidad exhibidas de forma permanente en la Biblioteca del Congreso de EE.UU.

naturales y regresar a Potonchán para dar parte a Cortés de lo sucedido.³⁷³

Gracias a la información de uno de los indios hechos prisioneros, los españoles supieron que todos los caciques de la zona habían acordado reunirse para atacar el poblado tras haber sido instigados por Melchorejo, el traductor que los acompañaba, quien había huido la noche anterior para unirse a los mayas chontales. En esa tesitura, ante la certeza de verse abordados de manera inminente, Cortés dio instrucciones para que los heridos en batalla fueran llevados a las naos y los soldados prepararan sus armas y todos los caballos fueran bajados de los barcos y dispuestos, ante una amenaza de guerra cada vez más real (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, pp. 143-146; CORTÉS, 1985, p. 57).

a) La batalla de Centla: análisis histórico

La mañana siguiente, 15 de marzo, después de haber oído misa en honor a Nuestra Señora de marzo,³⁷⁴ Cortés y sus hombres se dirigieron

³⁷³ Aunque los datos acerca del enfrentamiento que ofrecen los cronistas no son del todo coincidentes, en la misma resultaron heridos más de una decena de españoles, unos 15 indios muertos y otros cuantos hechos prisioneros, convirtiéndose en la antesala de la batalla que al día siguiente tuvo lugar en los llanos de Centla, donde Cortés y los suyos consiguieron someter a sus intereses a los mayas chontales de Tabasco.

³⁷⁴ Existe una importante contradicción en este sentido, pues las fechas que plantea Bernal Díaz del Castillo no coinciden con el calendario religioso, lo que ha dado pie a que los historiadores no lleguen a un consenso con respecto al día exacto en el que tuvo lugar la batalla de Centla. Y es que en el capítulo XXXI de su “Historia verdadera de la conquista de la Nueva España” Díaz del Castillo advierte que “en doce días del mes de marzo de mil quinientos diez y nueve años, llegamos con toda la armada al río de Grijalva, que se dice Tabasco”. Tres días después de su llegada, el cronista testimonia el inicio de la batalla: “muy de mañana, que fue día de Nuestra Señora de

hacia el paraje donde el día anterior Alvarado y Lugo se habían enfrentado a los chontales, concretamente hasta una gran sabana, a una legua Potonchán, conocida como “Cintla”, donde, según el testimonio de los prisioneros capturados el día anterior, había acordado reunirse el enemigo. Diego de Ordás fue designado por Cortés como capitán para conducir a las huestes hasta Centla, ante la necesidad de desviarse del camino junto con el resto de capitanes que iban a caballo al cortarles el paso unas ciénagas por donde no podían avanzar, algo que, a la postre, resultó determinante para el devenir de la batalla.

Cuando las tropas castellanas llegaron a los llanos de Centla, en la desembocadura del Río Grijalva, se encontraron con un panorama

marzo, después de haber oído misa (...) fuimos por unas sabanas grandes (...) junto al mismo pueblo de Cintla en un buen llano”. Unas líneas después, relata la primera victoria que los españoles obtuvieron contra los mayas chontales de Tabasco, en un acontecimiento conocido popularmente como la “batalla de Centla”. La controversia que genera el relato de Díaz del Castillo se halla en las dos fechas que nos proporciona el cronista español. Por una parte, tenemos el 12 de marzo como referencia para la llegada de la expedición castellana a Tabasco y, por otra parte, el “día de Nuestra Señora de marzo” para la batalla de Centla, tres días después. Sin embargo, la solemnidad de la Anunciación, según el santoral católico, se celebra el 25 de marzo. En consecuencia, una de las dos fechas debe estar equivocada, puesto que entre el 12 y el 25 de marzo transcurren trece días, diez días más de los que indica Díaz del Castillo. Si entre la llegada de Cortés a Tabasco y la batalla de Centla pasaron tres días, como lo indica la “Historia verdadera de la conquista de la Nueva España” (y no solo dicha crónica, sino también las de López de Gómara o Cervantes de Salazar), la lógica invita a pensar que existen dos posibilidades excluyentes entre sí: o los españoles desembarcaron en Tabasco el 12 de marzo y la batalla de Centla tuvo lugar el 15 de marzo o, por el contrario, arribaron a Tabasco el 22 de marzo y la batalla de Centla tuvo lugar el 25 de marzo, esto último algo complicado de asumir, pues rompería la lógica del relato cronológico que plantea Díaz del Castillo desde la partida de la expedición de la isla de Cuba, el cual se ajusta con bastante rigurosidad a los plazos de navegación que cumplieron las expediciones anteriores. Por tanto, consideramos más oportuno tomar como referencia la primera opción.

Para más información: KRUELL, G.: “Cronología y Calendarios de la conquista (I), México” [en línea] *Noticonquista*. <http://www.noticonquista.unam.mx/amoxtli/438/463> (Consulta: 17 noviembre 2019).

desolador para sus intereses: un ejército conformado por miles de mayas chontales se había congregado en la zona para iniciar un ataque contra ellos. En aquel mismo instante se daba inicio a la conocida como batalla de Centla (LÓPEZ DE GÓMARA, 1987, pp. 72-73; DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, pp. 146-147; CORTÉS, 1985, pp. 57-58).³⁷⁵

Bernal Díaz del Castillo describe con gran detalle la situación inicial de la batalla:

«...e traían todos grandes penachos, e tambores e trompetillas, e las caras enalmagradas, e blancas e prietas e con grandes arcos y flechas, e lanzas y rodela (...) e mucha onda e piedra (...) e como eran grandes escuadrones que todas las sabanas cubrían, se vienen como perros rabiosos e nos cercan por todas partes, e tiran tanta de flecha e vara y piedra, que de la primera arremetida hirieron a más de setenta de los nuestros, e con las lanzas pie con pie nos hacían mucho daño (...) e no hacían sino flechar e herir en los nuestros» (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, p. 147).

³⁷⁵ De la batalla de Centla tenemos poca información escrita porque los testigos que la narraron son escasos, por lo que nuestra intención será realizar un análisis del mayor número de fuentes posibles con el objetivo de contrastar datos y poder arrojar así algo de luz a uno de los episodios menos estudiados de la incipiente conquista de México por parte de las huestes castellanas. El principal testigo de los acontecimientos es, sin duda, Bernal Díaz del Castillo, quien legó para la posteridad su crónica “Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España”, amén de la propia crónica del conquistador Hernán Cortés, quien en sus “Cartas de Relación” relata los hechos de forma pormenorizada, concretamente en la conocida como “Carta de Veracruz”, de 1519, o en los memoriales de Andrés de Tapia, fray Francisco de Aguilar y Bernardino Vázquez de Tapia, donde también se encuentra referenciada la batalla. Aun sin ser testigos directos, también aportan información valiosa historiadores y cronistas como Antonio de Herrera, Francisco López de Gómara, Paulo Jovio o las crónicas de Gonzalo de Illescas; y así otros como José de Acosta, Francisco Cervantes de Salazar, Giovanni Botero y Antonio de Solís, por mencionar los más relevantes. Desde luego, esta es la mirada de los conquistadores. Pero también existen algunos testimonios de indígenas, como son las crónicas de Fernando Alvarado Tezozómoc o la de Fernando de Alba Ixtlixóchitl. Igualmente, se hallan algunas referencias más en el Códice Florentino o en el Lienzo de Tlaxcala, aunque más orientadas principalmente a fechas, acontecimientos y a la exaltación de sus pueblos, sin contar con descripciones narrativas.

Los españoles, con Ordás a la cabeza, fueron recibidos por los indígenas con una lluvia de flechas y piedras que les impedía acercarse a ellos, algo que se antojaba necesario para mostrar su superioridad armamentística. De hecho, ni siquiera el uso de armas de fuego conseguía disuadirlos, debido a su gran superioridad numérica. La situación se tornaba crítica, como lo refiere López de Gómara: “como los indios eran en número infinito, cargaron tanto sobre ellos, que los arremolinaron en poco trecho de tierra, y les fue forzado, para defenderse, pelear vueltas las espadas unos y otros, y aun así estaban en muy grande aprieto y peligro, porque ni tenían espacio para tirar su artillería, ni gente de caballo que les apartase a los enemigos” (LÓPEZ DE GÓMARA, 1987, p. 73).

En este punto, López de Gómara y Díaz del Castillo discrepan en la narración de la batalla en sus respectivas crónicas. Y es que el primero refiere en su relato la llegada de un capitán a caballo, al que identifica como Francisco Morla, quien arremetió contra los indios hasta en tres ocasiones, dando un respiro a las tropas castellanas y permitiéndoles reorganizarse y realizar varios contraataques. Después de eso, sería Cortés y el resto de compañeros a caballo quienes harían acto de presencia para tornar la balanza de la batalla en favor de los españoles. Sin embargo, Díaz del Castillo no alude en ningún momento a ese episodio previo, sino que menciona la llegada de los jinetes, con Hernán Cortés a la cabeza, en un momento clave, cuando las huestes castellanas se encontraban cercadas y en riesgo de ser derrotadas (LÓPEZ DE GÓMARA, 1987, pp. 73-74; DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, p. 148). Sea como fuere, resulta evidente que la aparición de Cortés con la

caballería resultó ser un punto de inflexión para la contienda. Y es que los chontales, que jamás habían visto un caballo hasta entonces, creyeron que animal y jinete conformaban un solo cuerpo, algo que les causó auténtico pavor y permitió la victoria de los españoles.

Un testimonio muy clarividente de la situación es el del cronista Antonio de Solís, que se refiere a la llegada de Cortés en los siguientes términos:

«Acudía Diego de Ordaz a todas partes, haciendo el oficio de capitán sin olvidar el de soldado, pero como eran tantos los enemigos, no se hacía poco en resistir, y ya se empezaba a conocer la desigualdad de las fuerzas, cuando Hernán Cortés, que no pudo acudir antes al socorro de los suyos por haber dado en unas acequias, salió a la campaña, y embistió con todo aquel ejército, rompiendo por lo más denso de los escuadrones, y haciéndose tanto lugar con sus caballos, que los indios heridos y atropellados cuidaban sólo de apartarse de ellos, y arrojaban las armas para huir, tratándolas ya como impedimento de su ligereza. Conoció Diego de Ordaz que había llegado el socorro que esperaba, por la flaqueza de la vanguardia enemiga, que empezó a remolinar con la turbación que tenían a las espaldas, y sin perder tiempo avanzó con su infantería, cargando a los que le oprimían con tanta resolución que los obligó a ceder, y fue ganando la tierra que perdían, hasta que llegó al paraje que tenían despejado Hernán Cortés y sus capitanes. Unieronse todos para hacer el último esfuerzo, y fue necesario alargar el paso, porque los indios se iban retirando con diligencia, aunque caminaban haciendo cara, y no dejaban de pelear a lo largo con las armas arrojadas: en cuya forma de apartarse, y excusar concertadamente el combate, perseveraron hasta que estrechándose el alcance, y viéndose otra vez acometidos, volvieron las espaldas, y se declaró en fuga la retirada» (SOLÍS, 1973, cap. XIX).

Por tanto, después de varias horas de encarnizado enfrentamiento, la aparición de Cortés y la caballería logró decantar la balanza a favor de los españoles pese a su marcada inferioridad numérica, completando “la primera gran guerra que tuvimos en compañía de Cortés en la Nueva España” (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, p. 149).

Y es que, en términos globales, los indígenas los superaban con creces en número (el capitán Ordás, en palabras de Bernal Díaz, llegó a decir que “había para cada uno de nosotros trescientos indios”). Aunque no hay un consenso con respecto a las cifras de participantes de unos y otros en los testimonios de los cronistas que se refieren a la batalla, se hace patente la diferencia entre ambos bandos si atendemos a los guarismos que documentan.

Por parte de los castellanos, las cifras oscilarían entre los 400 soldados y ayudantes de Hernán Cortés a los que se refiere Díaz del Castillo -o el propio Cortés en su “Carta de Relación”-, y los 500 de López de Gómara o Cervantes de Salazar o los 570 de Andrés de Tapia.

Por parte de los mayas chontales las discrepancias son mayores. Así, mientras que Díaz del Castillo apunta a la participación de unos 12.000 guerreros y López de Gómara dice que venían “en cinco escuadrones de ocho mil cada uno”, Francisco de Aguilar, Cervantes de Salazar, Antonio Solís o el propio Cortés llegan a contar hasta 40.000 indígenas, una cifra ciertamente elevada (LÓPEZ DE GÓMARA, 1987, pp. 72-75; DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, pp. 145-150; SOLÍS, 1970, cap. XIX; CERVANTES DE SALAZAR, 1971, cap. XXXIII; CORTÉS, 1985, pp.58-59).



Imagen 2: Mural sobre la Batalla de Centla y la conquista de Tabasco. Palacio Municipal, Paraíso, Tabasco.³⁷⁶

Con respecto al número de fallecidos de uno y otro bando, de nuevo nos encontramos con una diferencia sustancial, fruto de la superioridad armamentística castellana. Los cronistas coinciden en calcular los muertos del flanco español en apenas dos o tres,³⁷⁷ además de unos setenta heridos, aunque discrepan, otra vez más, en las cifras de fallecidos entre los indígenas, oscilando entre los “más de 300 indios, aparte de otros muchos heridos” que señala López de Gómara, y los “más de 800, e todos los más de estocada, y otros de los tiros de escopetas y ballestas” de Bernal Díaz o Antonio Solís, quien comenta que “quedaron muertos en la campaña más de ochocientos indios, y fue grande el número de los heridos” (LÓPEZ DE GÓMARA, 1987, p. 74;

³⁷⁶ El mural es obra del pintor muralista tabasqueño Homero Magaña Arellano.

³⁷⁷ Las cifras varían entre los cronistas, aunque ninguno refiere más de tres bajas en las tropas castellanas. Solamente Bernal Díaz del Castillo hace mención específica a uno de los fallecidos en su relato, en los siguientes términos: “e un soldado murió luego de un flechazo que le dio por el oído, el cual se llamaba Saldaña” (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, p. 147).

DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, p. 149; SOLÍS, 1970, cap. XIX; LEE MARKS, 2005, p. 62).

b) La batalla de Centla: análisis militar

Resulta evidente que el resultado de la batalla de Centla hubo de verse condicionado por diversos factores que nada tienen que ver con la cifra de combatientes de uno y otro bando, pues de otra forma no es posible entender como apenas unos centenares de hombres fueron capaces de derrotar a un ejército tan numeroso como el conformado por los nativos mesoamericanos, venidos de hasta ocho provincias (CORTÉS, 1985, p. 58). Por tanto, conviene detenerse a realizar un análisis más pormenorizado de carácter militar de la misma para alcanzar a comprender el desarrollo de los acontecimientos y los matices que determinaron que el desenlace de dicho enfrentamiento fuese favorable a los intereses de las huestes castellanas.

El primero de esos factores, aunque ya se ha comentado de forma sutil en líneas anteriores, fue la superioridad armamentística con que contaron los españoles a la hora de afrontar el conflicto. Y es que frente a las rudimentarias armas portadas por los mayas chontales “grandes arcos y flechas, e lanzas e rodelas, y espadas como montantes de a dos manos, e mucha onda e piedra, e varas tostadas” (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, p. 147), los hombres de Cortés contaban con armas de fuego cargadas de pólvora (arcabuces, cañones, falconetes), además de ballestas y espadas, las cuales causaron pavor a los indios. Por tanto, uno de los principales motivos de la victoria castellana se debió a la mayor tecnología armamentística. El testimonio de Solís es, en ese

sentido, esclarecedor, pues muestra el escaso desarrollo de las armas que manejaban los naturales:

«Eran arcos y flechas la mayor parte de sus armas: sujetaban el arco con nervios de animales, o correas torcidas de piel de venado; y en las flechas suplían la falta del hierro con puntas de hueso y espinas de pescados. Usaban también un género de dardos, que jugaban o despedían según la necesidad, y unas espadas largas, que esgrimían a dos manos, al modo que se manejan nuestros montantes, hechas de madera, en que ingerían, para formar el corte, agudos pedernales. Servíanse de algunas mazas de pesado golpe, con puntas de pedernal en los extremos, que encargaban a los más robustos: y había indios pedreros, que revolvían y disparaban sus hondas con igual pujanza que destreza. Las armas defensivas, de que usaban solamente los capitanes y personas de cuenta, eran colchados de algodón mal aplicados al pecho; petos y rodela de tabla o conchas de tortuga, guarnecidas con láminas del metal que alcanzaban» (SOLÍS, 1979, cap. XIX).

El segundo de los factores, en relación con el anterior, fue el uso de la caballería en la batalla. De hecho, todos los cronistas coinciden en sus descripciones en afirmar que lo que más aterró a los indios durante la disputa fue ver a los jinetes con sus caballos, pues creyeron que tanto la persona como el animal, que jamás habían visto anteriormente, eran un solo cuerpo. Las fuerzas de caballería les causaron tal impresión que muchos se asustaron y huyeron del campo de batalla. Cortés advirtió la eficacia psicológica de los animales con sus soldados, escopeteros y ballesteros y ordenó que todos los caballos que viajaban con él fuesen enviados al frente con sus respectivos jinetes. Además, es importante recordar que muchos españoles, aunque no todos, portaban también escudo y armadura de acero, que podía llegar a pesar casi 30 kilos. Aquella simbiosis de caballo embravecido y militar armado hizo que muchos chontales creyeran que caballo y caballero eran todo en uno,

como los antiguos centauros, en palabras de Gómara (LÓPEZ DE GÓMARA, 1987, p. 74).

El tercero de los factores a tener en cuenta tiene que ver con la mística, en concreto con la figura de Santiago apóstol y su aparición en el campo de batalla como acicate para las tropas españolas en un momento delicado de la contienda.³⁷⁸ Algo que no debe resultar extraño, pues la presencia de Santiago *miles Christi* durante la conquista de América se recoge de forma constante en las crónicas, siendo la batalla de Centla el inicio de dicha manifestación.

La primera de las apariciones de Santiago como “Mataindios” es recogida en la obra del eclesiástico Francisco López de Gómara, quien describe tres ataques de un jinete montado en un caballo blanco al que termina por identificar como el Apóstol:

«Estando, pues, así, caídos y a punto de huir, apareció Francisco Morla en un caballo rucio picado, arremetió a los indios (...). Volvió luego el de a caballo, se puso junto a los nuestros, corrió a los enemigos, y les hizo dejar espacio (...). Volvió entonces el de a caballo por tercera vez, e hizo huir a los indios con daño y miedo (...). A esta sazón llegó Cortés (...). Le dijeron lo que habían visto hacer a uno de a caballo, y preguntaron si era de su compañía; y como dijo que no, porque ninguno de ellos había podido venir antes, creyeron que era el apóstol Santiago, patrón de España (...). Y todos dijeron que vieron por tres veces al del caballo rucio picado pelear en su favor contra los indios, según arriba queda dicho; y que era Santiago, nuestro patrón. Hernán Cortés quería mejor que fuese San

³⁷⁸ La percepción de Santiago el Mayor como caballero, Santiago *miles Christi*, combatiente sobre su caballo blanco mientras arrasa a los infieles espada en mano, tiene una enorme carga simbólica a lo largo de la historia. Este tipo de representación aglutina tanto los ideales caballerescos medievales como los religiosos, siendo por ello un símbolo especialmente poderoso como abanderado de la cristiandad, que se desarrolla plenamente durante los siglos de lucha entre cristianos y musulmanes y se exporta a América, donde Santiago Matamoros se convierte en Santiago Mataindios, remitiendo a todos los valores absolutos que emanaban del arquetipo castellano como protector de la cristiandad universal (MORAL GARCIA, 2015, pp. 14-18).

Pedro, su especial abogado; pero cualquiera de ellos fuese, se tuvo a milagro, como de veras pareció; porque, no solamente lo vieron los españoles, sino también los indios lo notaron por el estrago que en ellos hacía cada vez que arremetía a su escuadrón y porque les parecía que los cegaba y entorpecía» (LÓPEZ DE GÓMARA, 1987, pp. 73-75).

En los mismos términos que Gómara refiere Cervantes de Salazar la intervención de Santiago en la batalla:

«Estando en tan estrecho trance apareció uno de a caballo, que pensaron los nuestros ser el General o Francisco de Morla; arremetió a los indios con muy gran furia; retirólos gran espacio; los nuestros cobraron esfuerzo y acometieron con gran ánimo, hiriendo y matando en los indios; el de a caballo desapareció, y como los indios eran tantos, revolvieron sobre los nuestros, tornándolos a poner en el estrecho que antes; el de a caballo volvió y socorrió a los nuestros con más furia e ímpetu que de antes; esto hizo tres veces, hasta que Cortés llegó con los de a caballo, harto de pasar arroyos e ciénagas y otros malos pasos, el cual, viendo su gente en tan gran peligro, les dixo en alta voz: «Adelante, compañeros; que Dios y Sancta María es con nosotros y el Apóstol Sant Pedro, que el favor del cielo no nos puede faltar si hacemos el deber» (...). Dieron muchas gracias a Dios por la merced que les había hecho en librarlos de tantos enemigos; comenzaron a tractar quién sería el de a caballo; los más decían ser el Apóstol Santiago, aunque Cortés, como era tan devoto de Sant Pedro, decía ser su abogado, al cual en aquel día con gran devoción se había encomendado; y aunque no está cierto cuál de los dos Apóstoles fuese aquel caballero, lo que se averiguó por muy cierto fue no haber sido hombre humano ni alguno de los de la compañía; de adonde consta claramente cómo Dios favorecía esta jornada, para que su sancta fee se plantase en tierra do por tantos millares de años el demonio tiranizaba» (CERVANTES DE SALAZAR, 1971, cap. XXXIII).

De ambos testimonios se deduce que la participación del apóstol resultó trascendental, permitiendo a las huestes resistir las acometidas de los indios hasta la llegada de la caballería, ralentizada por el terreno, quienes decantaron definitivamente la batalla a favor de los castellanos.

Ante la confusión planteada por los cronistas acerca de la verdadera identidad del caballero es posible que estos buscasen, en realidad, presentar una identificación simbólica del jinete con el adalid de la cristiandad que tantas veces había decidido batallas en la Península (MORAL GARCIA, 2015, pp. 21-22).

Frente a la construcción de dicho relato, Bernal Díaz del Castillo ofrece una visión más materialista, poniendo en duda la versión de López de Gómara. Y es que, pese a hacer referencia a la tardanza de “los de a caballo”, en ningún momento hace mención a la participación previa de un jinete en solitario, aunque si cita a Gómara para justificar que, ninguno de los presentes en la batalla vieron al apóstol:

«Aquí es donde dice Francisco López de Gómara (que salió Francisco de Morla en un caballo rucio picado antes que llegase Cortés con los de a caballo, y) que eran los santos apóstoles señor Santiago o señor san Pedro. Digo que todas nuestras obras y victorias son por mano de nuestro señor Jesucristo (...). Y pudiera ser que los que dice el Gómara fueran los gloriosos apóstoles señor Santiago o señor San Pedro, e yo, como pecador no fuese digno de verles; lo que yo entonces vi y conocí fue a Francisco de Morla en un caballo castaño, que venía juntamente con Cortés, que me parece que ahora que lo estoy escribiendo, se me representa por estos ojos pecadores toda la guerra, según y de la manera que allí pasamos» (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, pp. 149-150).

En la línea de Díaz del Castillo se encuentra el cronista Antonio de Solís, que presenta un testimonio similar al suyo, reflexionando al final del mismo acerca de las opiniones enfrentadas de unos y otros y planteando que, en este caso, resulta un exceso de piedad atribuir los méritos de la victoria a la intervención divina, pues resta méritos a los hombres, refiriéndose a que “en cualquier acontecimiento extraordinario dejamos voluntariamente su primera instancia a las

causas naturales”, y añadiendo: “es cierto que los que leyeren la historia de las Indias, hallarán muchas verdades que parecen encarecimientos, y muchos sucesos que para hacerse creíbles fue necesario tenerlos por milagrosos” (SOLÍS 1979, p. 55). Esta idea viene a cuestionar la sucesión de apariciones del Santo, aunque al mismo tiempo realza su eficacia como símbolo, pues en él los españoles encuentran un gran poder de sugestión (MORAL GARCIA, 2015, pp. 23-24).

Por último, otro factor destacable para comprender el desenlace de la batalla de Centla es la forma de entender la planificación y la estrategia del enfrentamiento de uno y otro bando. Así, pese a encontrarse los nativos en un terrero favorable para sus intereses -los españoles tenían en su contra el moverse entre los pantanos y tener que esquivar una gran cantidad de manglares, acequias, ciénagas y ríos profundos, además de la humedad y el calor tropical-, se vieron superados por la pericia de Cortés, quien decidió apartarse del grupo junto con el resto de la caballería para atacar por sorpresa por la retaguardia. López de Gómara hace referencia a este hecho en los siguientes términos: “y Hernán Cortés se fue con los de a caballo a buscar mejor paso sobre la mano izquierda, y a encubrirse con unos árboles, y caer por allí, como de emboscada, en los enemigos por las espaldas o lado” (LÓPEZ DE GÓMARA, 1987, p. 73). Frente a la táctica organizada de los españoles, la estrategia de guerra de los indígenas, narrada por Antonio de Solís, consistía en:

«pintar su cara y su cuerpo a manera de parecer espantosos y hacer huir a sus adversarios; si esto no lo lograban, seguían gritos al unísono, sin interrupción, que perturbaran a los enemigos. Formaban sus escuadrones amontonando más que distribuyendo la

gente, y dejaban algunas tropas de retén que socorriesen a los que peligraban. Embestían con ferocidad, espantosos en el estruendo con que peleaban, porque daban grandes alaridos y voces para amedrentar al enemigo: costumbre que refieren algunos entre las barbaridades y rudezas de aquellos indios, sin reparar en que la tuvieron diferentes naciones de la antigüedad (...). Componíanse aquellos ejércitos de la gente natural, y diferentes tropas auxiliares de las provincias comarcanas, que acudían a sus confederados, conducidas por sus caciques, o por algún indio principal de su parentela, y se dividían en compañías, cuyos capitanes guiaban; pero apenas gobernaban su gente, porque en llegando la ocasión mandaba la ira, y a veces el miedo: batallas de muchedumbre, donde se llegaba con igual ímpetu al acometimiento que a la fuga» (SOLÍS, 1979, cap. XI).

En esa tesitura es fácil entender como el ataque planificado de la caballería, con Cortés a la cabeza, descompuso rápidamente a las tropas indígenas, que abandonaron el campo de batalla huyendo hacia el monte, dándose así por concluidas las hostilidades.

La importancia de la batalla de Centla para la conquista de México

Tras finalizar el enfrentamiento Cortés mandó llamar a los caciques de la zona, enviando para ello a dos mensajeros indígenas de entre los prisioneros que había hecho en la batalla. Unos días más tarde se presentaron ante el conquistador muchos caciques y principales de la región con la intención de mostrar sus respetos y reconocer su derrota, cargados de obsequios, entre los que había joyas de oro, jade y turquesa, pieles de animales o plumas de aves preciosas (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, p. 153; LÓPEZ DE GÓMARA, 1987, p. 75).

Ahora bien, el encuentro entre Cortés y los caciques chontales resultó trascendental, a la postre, para la ulterior conquista de México, fundamentalmente por tres motivos.

El primero de ellos, porque entre los presentes entregados a los españoles en señal de sumisión se encontraban 20 mujeres, destacando por encima de todas la figura de una esclava de nombre Mallinalli o Malinche, la cual fue bautizada y conocida por los españoles como doña Marina -o Malintzin por los indígenas-, quien se convertiría en intérprete y consejera de Cortés a partir de entonces, ya que era perfecta conocedora de las lenguas maya, chontal y náhuatl (JIMÉNEZ ABOLLADO, 2015, p. 83; DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, p. 153).³⁷⁹

El segundo de ellos, porque gracias a las preguntas que Cortés realizó al cacique Tabscoob y al resto de autoridades indígenas acerca de la procedencia del oro y las joyas que les habían traído pudo saber que aquella tierra no poseía grandes minas, pero que existía un lugar tierra adentro, “hacia donde el sol se ponía”, donde podrían encontrarlas, el cual llamaban “Culhúa y México” (DÍAZ DEL CASTILLO, 1984, pp. 154-155). Obtenían así las primeras referencias de San Juan de Ulúa y del Imperio Azteca.

El tercero de los motivos tiene que ver con el afianzamiento del poder castellano en aquel territorio. Y es que una vez terminada la batalla y negociada la rendición, Cortés tuvo claro que era necesario volver a poblar aquel lugar, motivo por el cual pidió a los naturales que

³⁷⁹Existen muchos trabajos interesantes sobre la figura de la Malinche. Uno de ellos es el de José Antonio Flores, titulado “La Malinche: portavoz de dos mundos”, (FLORES FARFÁN, 2006, pp.117-137).

regresasen y se aventuró a fundar una villa sobre los restos de la población maya de Potonchán, que fue bautizada con el nombre de Santa María de la Victoria en honor a la victoria obtenida sobre los indígenas mayas, convirtiéndose en la primera población española en la Nueva España. Bernal Díaz del Castillo lo narra así: "Y en esto cesó la plática hasta otro día que se puso en el altar la santa imagen de Nuestra Señora y la cruz, la cual todos adoramos; y dijo misa el padre Fray Bartolomé de Olmedo y estaban todos los caciques y principales delante y púsole nombre a aquel pueblo Santa María de la Victoria, e así se llama ahora la villa de Tabasco" (DIAZ DEL CASTILLO, 1984, p. 155).

A comienzos de abril, después de varios días de descanso para reponer fuerzas, Cortés y los suyos decidían continuar su camino hacia San Juan de Ulúa dejando a un puñado de españoles en la recién fundada villa para pacificar y poblar la región.

No cabe duda, por lo analizado anteriormente, que el paso de la expedición de Hernán Cortés por tierras tabasqueñas, y más concretamente el enfrentamiento entre las huestes castellanas y los mayas chontales en Centla, resultó ser trascendental para la incipiente conquista de México, toda vez que los españoles comenzaron a familiarizarse con la manera de guerrear de los indígenas, amén de obtener valiosa información sobre lo que posteriormente iban a encontrarse en su avance hacia el oeste, el gran Imperio Azteca. De hecho, allí fue donde escucharon hablar por primera vez de aquella casi mítica ciudad de nombre impronunciable, que ellos llamaban como podían -Tenustitán, Tenochtitlán, Tenestecán y, la mayoría,

Temixtitán.- Pero si hay algo verdaderamente destacable del contacto entre ambas realidades es la incorporación a la expedición de Cortés de la Malinche, pues sus actuaciones como traductora y consejera resultaron de un valor incalculable para sus intereses. Sin ser conscientes de ello, los nativos pusieron en manos castellanas la que sería una de las piezas claves para la ulterior conquista de la confederación mexicana.

Bibliografía

- ACOSTA, J. (2003): *Historia Natural y Moral de las Indias*, Crónicas de América, Dastin Historia, Madrid.
- AGUIRRE, E. (1980): *Gonzalo Guerrero*, Editor digital Titivillus.
- ALVARADO TEZOZOMOC, H. (2001): *Crónica Mexicana*, Crónicas de América, Dastin Historia, Madrid.
- ARACIL VARÓN, B. (2009): “Hernán Cortés y sus cronistas: la última Conquista del héroe”, en *Atenea*, 499, pp. 61-76.
- CABRERA BERNAT, C. (1987): *Viajeros en Tabasco: Textos*, Gobierno del Estado de Tabasco, Villahermosa, Tabasco.
- CALVO TORNERO, R. (2012): “Dos farautes en la conquista de América: Jerónimo de Aguilar y Juan Ortiz”, en *Alcántara*, 76, pp. 43-70.
- CERVANTES DE SALAZAR, F. (1971): *Crónica de la Nueva España*, Atlas, Madrid.
- COLÓN, C. (2003): *Diario de a bordo*, Dastin Historia, Madrid.
- CORTÉS, H. (1985): *Cartas de relación*, Colección Crónicas de América de Historia 16, Madrid.
- COWIE, L. (2013): “Gonzalo Guerrero: figura histórica y literaria de la Conquista de México”, en *Cuadernos Americanos*, 144, pp. 185-204.
- DE ALVA IXTLIXOCHITL, F. (1985): *Historia de la nación Chichimeca*, Colección Crónicas de América de Historia 16, Madrid.
- DÍAZ, J. (1980): “Itinerario de la armada del Rey Católico a la Isla de Yucatán de la India, el año 1518 en la que fue por comandante y

capitán Juan de Grijalva. Escrito para su Alteza por el capellán mayor de dicha armada”, en GARCÍA ICAZBALCETA, J., *Colección de documentos para la Historia de México*, Editorial Porrúa, México, tomo I, pp. 281-308.

DÍAZ, J., TAPIA, A., VÁZQUEZ DE TAPIA, B., AGUILAR, F. (1988): *La conquista de Tenochtitlan*, Colección Crónicas de América de Historia 16, Madrid.

DÍAZ DEL CASTILLO, B. (1984): *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Colección Crónicas de América de Historia 16, Madrid.

FLORES FARFÁN, J. A. (2006): “La Malinche: portavoz de dos mundos” en *Estudios de Cultura Nahuatl*, 37, pp. 117-137.

JIMÉNEZ ABOLLADO, F. L. (2016): *Entre Ríos, Pantanos y Sierra. Marginalidad y subsistencia en la provincia de Tabasco (1517–1625)*, Editorial Universidad de Sevilla, Sevilla.

KRUELL, G.: “Cronología y Calendarios de la conquista (I), México” [en línea] *Noticonquista*. <http://www.noticonquista.unam.mx/amoxтли/438/463> (Consulta: 17 noviembre 2019).

LEE MARKS, R. L. (2005): *Hernán Cortés. El gran aventurero que cambió el destino del México Azteca*, Vergara, Grupo Zeta, Barcelona.

LEÓN-PORTILLA, M. (2007): *La visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

- LÓPEZ DE GÓMARA, F. (1987): *La conquista de México*, Colección Crónicas de América de Historia 16, Madrid.
- LÓPEZ DE GÓMARA, F. (2007): *Historia de la conquista de México*, Fundación Biblioteca Ayacucho, Caracas.
- MIRA CABALLOS, E. (2017): *Hernán Cortés. El fin de una leyenda*, Palacio de Barrantes Cervantes, S.L., Trujillo.
- MIRALLES OSTOS, J. (2001): *Hernán Cortés. Inventor de México*, Tusquets Editores, Barcelona.
- MORAL GARCÍA, C. (2015): “Santiago en la conquista de Nueva España”, en *Mirabilia Ars*, 3, pp. 13-36.
- SAHAGUN, B. (1990): *Historia general de las cosas de Nueva España*, Colección Crónicas de América de Historia 16, Madrid.
- SOLIS, A. (1970): *Historia de la Conquista de México*, Espasa-Calpe, Madrid.
- THOMAS, H. (1995): *La conquista de México: el encuentro de dos mundos, el choque de dos imperios*", Editorial Planeta, México.